

LAS RELACIONES ENTRE LA POLITICA EXTERIOR Y LA VIDA POLITICA INTERIOR EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

La importancia creciente de los Estados Unidos en los asuntos internacionales ha provocado un vivísimo interés en la política y las instituciones interiores de este país, porque se ha puesto de manifiesto el lazo muy estrecho que existe en todos los países entre la política exterior y la interior. Sin embargo, aunque sea bien notorio tal estado de cosas, no se deducen de él siempre todas las consecuencias necesarias. En primer lugar, los ojos del extranjero, y de manera particular, de los corresponsales extranjeros se fijan en Washington, donde, según se cree, se toman las grandes decisiones.

Quizás se compare a Washington demasiado fácilmente con París y con Londres, donde no están reunidos sólo los Gobiernos y los Parlamentos, sino también los jefes de los partidos políticos, así como sus Comités directivos y sus secretariados. En estas grandes capitales europeas se hallan también los periódicos más importantes, los centros de radio-difusión y de televisión, y también el gran vestíbulo de la vida intelectual y del pensamiento del país.

Nada de esto es aplicable a Washington. Esta bella ciudad no es nunca el centro del pensamiento americano. Es una ciudad sin vida cívica aparte de la vida federal, sin una verdadera atmósfera de metrópoli, sin bastantes intereses comunes para sostener siquiera una orquesta sinfónica propia (en contraste con casi todas las ciudades importantes del país).

En América los partidos políticos organizados no existen más que sobre un plan local y estatal. La organización nacional es una organización fantasma. Los Comités nacionales republicano y demócrata no son, ni mucho menos, Comités directivos del tipo europeo. Sólo son Comités de coordinación para organizar el trabajo de las campañas electorales presidenciales. No dirigen los partidos, no toman decisiones sobre política extranjera o interior del partido, no se ocupan de doctrina ni de programa.

Los senadores y miembros de la Cámara de Representantes no son nunca miembros del Comité nacional de su partido.

Pero los senadores y miembros de la Cámara tampoco son los verdaderos jefes de su partido, con muy raras excepciones. Como las organizaciones de los partidos no existen más que sobre un plan local, es evidentemente casi imposible para cualquiera el asegurarse la verdadera dirección del partido cuando está obligado a residir muy lejos del territorio de su organización durante la mayor parte del año. Por el contrario, sucede a veces --aunque no muchas-- que los senadores o los miembros de la Cámara están estrechamente controlados por la organización de su circunscripción. Evidentemente, en el fragor de una campaña electoral los candidatos opuestos se acusan mutuamente de ser hechuras de tal o cual cacique. Pero en la mayoría de los casos esas acusaciones carecen de base real. Entiéndase bien: a veces un candidato necesita del apoyo que le puede prestar una organización poderosa. Pero la organización misma también necesita de los elegidos. Se trata entonces de una relación mutua y no de una vía con dirección única. Además, el uso, muy extendido, en las campañas electorales del argumento que acusa a otro candidato de estar controlado por un cacique indica que tal candidato no es totalmente popular entre el electorado, el cual, por la vía de las elecciones primarias, puede deshacerse de él. Y son, de hecho, estas elecciones primarias las que han comenzado a poner fin al cacique clásico.

La falta de una organización nacional de los partidos tiene como resultado que los partidos políticos americanos no llegan a ser los catalizadores de la opinión pública en el mismo sentido que los partidos europeos. En efecto, los partidos políticos tienen más bien la tendencia de seguir las grandes corrientes de la opinión pública que la de dirigirla.

La vida política de los Estados Unidos tal como es hoy en día ha sido formada primordialmente por la experiencia del Oeste. Ha sido el profesor Frederick Jackson Turner el que dió una nueva orientación al pensamiento histórico de los Estados Unidos al demostrar la importancia de la "frontera" para la formación del carácter americano. Es posible que en algunas generalizaciones esta teoría sea un poco exagerada. Pero en el fondo es indiscutible que la exigencia de la vida en los grandes espacios vacíos, salvajes, que se conocen como "la frontera" constituía una de las bases más importantes de la vida política y democrática en América. Es cierto que la tesis de la frontera por sí sola no puede explicar el movimiento democrá-

tico, porque también había tendencias semejantes en el levante del país (a menos que se considere a toda América como "frontera") y porque el siglo XIX se ha caracterizado por un desarrollo del espíritu democrático tanto en Europa como en América: Pero en la frontera, en el Oeste, la administración local y comunal era la única importante, ya que Washington estaba muy lejos. Fué el Oeste, con sus promesas de tierras libres y de hombres libres, el que atrajo a los espíritus independientes, descontentos e incluso radicales. Era en esta vida ruda y severa del Oeste en la que la opinión de cada hombre (e incluso de cada mujer) contaba mucho, pero también fué el Oeste el que creó el tipo del líder fuerte, oportunista, sin doctrina política específica, aunque comprendía magníficamente los deseos y las aspiraciones del pueblo. Andrew Jackson, el hombre del Oeste, montó la primera campaña electoral auténticamente moderna sobre una base popular de gran envergadura. Habiéndosele escamoteado la presidencia por una jugada poco limpia en 1824, se consagró a una campaña electoral de cuatro años, que estableció la fórmula para la organización electoral aun vigente. Fué el Oeste el que amplió enormemente la envergadura del sufragio. Kansas ingresó en la Unión en 1861, con una Constitución que permitía a las mujeres votar sobre todas las cuestiones escolares, y en 1869 el territorio de Wyoming establecía el sufragio femenino y su derecho de elección.

El fin de la política de este estilo era siempre el control del poder más que la realización de una doctrina o de un programa. Pero cuando el combate por el Poder se desarrollaba en una atmósfera democrática y popular, era necesario obtener el apoyo del pueblo. Por consiguiente, los partidos políticos americanos hicieron un gran esfuerzo por colocarse a tono de la opinión pública corriente. Tal es el caso, sobre todo en la política exterior, en la que las organizaciones de los partidos—siempre exclusivamente en el plan local y estatal—tienen pocos intereses particulares que defender y están, por tanto, siempre dispuestas a seguir las tendencias y los prejuicios públicos.

Naturalmente, tal situación estimula al público a expresarse libremente, tendencia alimentada también por el carácter de una nación joven que dispone de la confianza de espacio derrochado y que es, además, generosa, entusiasta y poco reticente. Así los elegidos, sobre todo los miembros del Congreso, sufren una verdadera inundación de telegramas y cartas de sus electores. La Casa Blanca ha recibido más de quinientas mil cartas y telegramas por día durante los períodos de crisis, y sobre las cuales se apa-

sionaba la opinión pública, e incluso en épocas de mayor calma el presidente nunca ha recibido menos de cinco mil cartas diarias—siendo, además, muy raros los días de este correo mínimo.

Ciertamente que no se debe exagerar la importancia de estas campañas postales. Las cartas de protesta y negativas son a menudo más numerosas que las que dan el apoyo a tal o cual acción. Los grupos de presión conocen muy bien la técnica de fabricar una pequeña avalancha en los buzones de correos. También, según el senador Kefauver, los miembros del Congreso se impresionan a veces mucho más por la importancia del signatario de la carta que por el contenido de la misma. Sin embargo, sucede a menudo que un legislador no tiene convicciones precisas sobre un determinado asunto, y en ese caso decidiría frecuentemente por la cantidad de comunicaciones en pro o en contra. Esto acontece mucho en cuestiones de política exterior, sobre todo cuando se trata de cuestiones económicas que interesan directamente a electores de alguna región.

El peso de la opinión pública gravita, sin embargo, de una manera más sensible y más decisiva que en las campañas de correo. Los Estados Unidos están ciertamente entregados al ideal democrático, pero no consideran la idea de la mayoría como la única expresión de la democracia. América ha estado siempre de acuerdo con Edmund Burke, que señaló que no hay ninguna magia en la cifra del cincuenta por ciento.

La Constitución de los Estados Unidos está expresamente construida para impedir, retardar y equilibrar la mayoría. Esto no quiere decir que los Estados Unidos admiren a los regímenes minoritarios. Al contrario, la objeción que se le pone a menudo a una simple mayoría es la de que una tal mayoría no es suficiente. La democracia es evidentemente el Gobierno por el asentimiento de los gobernados. Pero el asentimiento de un país tan vasto y variado debe ser más bien un sostén de confianza que un apoyo de precisión. Así, cuando se trata de una decisión de importancia nacional, es necesario que desarrolle un asentimiento muy general que no encierra sólo una gran mayoría popular, sino también la preponderancia de las regiones. Tal apoyo es aún más necesario porque los partidos políticos no representan nunca una opinión unificada sobre cualquier cuestión, y las mayorías que se encuentran en el Congreso son combinaciones muchas veces bastante accidentales. Un Gobierno basado sólo sobre tales combinaciones inter-partidistas sería realmente un Gobierno débil en extremo, a menos que obtuviera también el apoyo del país.

¿Y cómo se produce este sostén general? Ya hemos explicado que los partidos no son, más que en un grado menor, los catalizadores de la opinión pública en los problemas nacionales. La ausencia de tal catalización hace necesario que la cristalización de la opinión se produzca de una manera más lenta y complicada. Bien que la discusión se abra por el Gobierno, bien por algunos hombres públicos, bien por los periódicos o por asociaciones de intereses varios, el país se encuentra frente a un fenómeno que se llama a menudo "el gran debate". Esta discusión se desarrolla simultáneamente en todas las ciudades y en el campo. Se repite en miles de coloquios a través de la radio y la televisión. Después de un período de una discusión viva de tal naturaleza, en ocasiones tempestuosa y apasionante, el indicador de la opinión pública empieza a señalar la cristalización predominante, y únicamente entonces es cuando el Gobierno y el Congreso pueden emprender una acción enérgica.

Evidentemente, el Gobierno no permanece en la pasividad y puede probar a influir sobre la opinión pública con actos, declaraciones y con diversos medios de propaganda. Pero tales acciones gubernamentales, aunque sean capaces de acelerar el proceso de cristalización de la opinión, no pueden tomarse por una decisión del público. Una acción gubernamental importante que no espere a ser captada por la opinión pública invita a su caída.

El proceso de la cristalización sería ciertamente más sencillo si los partidos políticos desarrollasen doctrinas y programas claros, precisos y unificados sobre los grandes problemas del exterior y del interior, y tal situación suele atribuirse con frecuencia a los partidos políticos, aunque no corresponde, ni mucho menos, a la realidad. De esta suerte, el partido demócrata es considerado como progresista e internacionalista, y el partido republicano, como conservador y aislacionista. Pero un estudio del escrutinio en el Congreso y una ojeada a los diversos Estados prueban que la situación no es tan sencilla.

Se encuentran casi todas las tendencias imaginables en los dos principales partidos de los Estados Unidos. Republicanos y demócratas conocen, en medio de sus partidos, la extensión de la opinión desde el progresismo semisocialista hasta el conservadurismo reaccionario. Sobre el plano nacional es evidente que en un momento no dominan las mismas tendencias simultáneamente a los dos grandes partidos. Pero ante la ausencia de una verdadera organización nacional son los organismos locales y estatales los que cuentan, y así se advierte que todas las tendencias predominan en algunas

regiones. Además, como estas organizaciones sean republicanas o democratas, locales o estatales, no tienen superiores, ni Comité directivo, ni Congreso nacional que pudieran obligarlas a adoptar una cierta doctrina, mantienen sus ideas diversas incluso cuando la tendencia predominante en todo el país apunte hacia una dirección completamente diferente. En este sentido puede ser exacto decir que los Estados Unidos no tienen un *sistema* de dos partidos, sino más bien *sistemas* de dos partidos. Hay un sistema de dos partidos en Indiana y hay otro en Nueva York, pero los partidos en estos dos sistemas se parecen bastante poco.

Bien podría uno preguntarse si los dirigentes de estos partidos políticos son hombres totalmente desprovistos de convicciones e ideales. Sin embargo, no es así. Los políticos son hombres como los demás, con sus predilecciones, sus prejuicios, sus pasiones y sus debilidades. Pero también son realistas. Para ellos la política es esencialmente la lucha por el Poder, por la expansión de su influencia para hacer que salgan elegidos sus candidatos. Es posible que no sean tan absolutamente diferentes de sus colegas europeos, pero están más cerca de admitir que no van a la política para sacrificarse y sus "clientes" no se hacen ilusiones de orden doctrinal. Además, muchos partidos europeos han tenido una juventud radical y doctrinaria de la que son ahora prisioneros. En cambio, los partidos americanos no han tenido tal juventud y este problema no se plantea.

Es cierto que los dirigentes de los partidos americanos influyen para que la política siga la dirección que les es predilecta, siempre que las consecuencias de tal acción no creen demasiados trastornos. Pero tienen que darse cuenta de que para hacer elegir a un determinado candidato necesitan del apoyo de una mayoría bastante diversificada de electores, particularmente cuando las circunscripciones son muy amplias, lo que sucede en las elecciones presidenciales, senatoriales y de gobernadores de Estado. En tales campañas se tendrá evidentemente poco éxito si se dirige uno a una clientela demasiado estrecha. Hay, sin embargo, algunos demagogos y algunos extremistas que consiguen ser elegidos. Esto ocurre cuando pueden aferrarse a una tendencia que apasiona a la gente en ese momento y de la cual este demagogo puede convertirse en paladín pretendido o real.

Pero semejantes pasiones populares han tenido siempre una duración limitada y han acabado por ensombrecer—ensombreciéndose ellas también— a sus paladines. Sin embargo, los extremistas tienen a veces más suerte y consiguen una vida política más larga en la Cámara de los Representantes

y en las Asambleas de los Estados cuando las circunscripciones son pequeñas y más homogéneas.

No se trata de un clima favorable para los "terceros partidos", precisamente porque son partidos doctrinarios que, por tanto, no interesan más que a una clientela demasiado restringida. Por otra parte, si consiguen apresar una idea realmente popular, uno de los dos grandes partidos se la arrebatada y vuelve a sumergir en la sombra al tercer partido.

El partido progresista de Henry Wallace, ese triste "ejército de Geodón", comunizante de 1948, no reunió más que 1.156.102 sufragios. El sufragio comunista más alto fué de 102.991, para William Z. Foster en 1932, y el partido socialista, ligeramente más fuerte en otro tiempo, hoy ha desaparecido en la escala nacional.

Se ha imputado a menudo al sistema electoral la desaparición o la falta de importancia de los "terceros partidos". Es cierto que el sistema uninominal a una vuelta y con mayoría simple desanima a los candidatos de los "terceros partidos", pero no les impide completamente su vida. En un régimen presidencialista, como el que existe en Estados Unidos, la campaña electoral que más cuenta es la de la elección presidencial, en la que suscita poco interés un candidato que no tiene probabilidades de ocupar la Casa Blanca.

Enfrentados con la imposibilidad práctica de realizar sus ideas por un tercer partido, los elementos más diversos se ven obligados a adherirse a uno de los grandes partidos, republicano o demócrata. Estos espíritus son difíciles de poner de acuerdo, y como no hay reticencias en Estados Unidos para expresar la opinión en alta voz, los partidos americanos parecen a veces, a los observadores europeos, torres de Babel en que todo el mundo habla una lengua distinta.

Esta situación no es tan mala cuando un partido está en la oposición, pues es relativamente fácil unirse *contra* alguna cosa, o sea, contra el equipo en el poder. Pero cuando un partido ocupa la Casa Blanca, resulta mucho más difícil conciliar las divergencias que existen entre las diferentes tendencias. De ahí que los grandes conflictos de la historia política americana se hayan desarrollado casi siempre en el seno del partido en el poder y no entre el partido gubernamental y el partido de la oposición. Además, el sistema presidencialista con su separación entre el poder ejecutivo y el cuerpo legislador, no estimula la formación de un "partido gubernamental" y de un "partido de la oposición" de tipo inglés. Para lograr que se adopte su programa legislativo, un presidente tiene siempre necesidad de una ma-

yoría compuesta de legisladores de los dos partidos, y está seguro de tener que enfrentarse con una oposición republicano-demócrata. Estas mayorías y oposiciones no son combinaciones duraderas y constantes: Se disuelven y se modifican continuamente, a propósito de todas las cuestiones. Hay una mayoría para la ayuda al extranjero, otra para la reforma de las tarifas aduaneras, otra para la política social, etc. Y si se examinan estas alianzas legislativas, se verá que están muy poco influidas por consideraciones de partido, aunque mucho por las consideraciones de intereses regionales. Los demócratas de Iowa tienen la tendencia de votar más de acuerdo con sus colegas republicanos del Middle West que con los demócratas de Nueva York.

Todos los presidentes, incluso cuando disponían de una mayoría de su partido en el Congreso, han tenido mucha dificultad para obtener un apoyo sólido. Después de los primeros meses de entusiasmo popular por el nuevo presidente (su "luna de miel" presidencial), siempre tiene que recurrir a una mayoría bi-partidista e incierta. Durante los regímenes demócratas de los presidentes Franklin D. Roosevelt y Harry S. Truman, el conflicto se planteó principalmente en torno al hecho de que estos presidentes hacían una política social de izquierdas, mientras los jefes del partido en el Congreso y los presidentes de las grandes comisiones eran sudistas conservadores. Sin embargo, en la política exterior la línea de los demócratas se sostenía mejor.

Particularmente en la política extranjera es donde el presidente Eisenhower choca con un número importante de los republicanos en el Congreso. Esta situación, bastante "normal" en sí, se ha acentuado, sin embargo, por la excesiva prolongación del alejamiento del partido del Poder entre 1932 y 1952. Durante esta "noche" de veinte años, la representación de los republicanos en el Congreso era a veces bastante reducida. En efecto, no hay ni un solo senador republicano en el actual Congreso que no haya entrado antes del segundo período presidencial de Franklin Roosevelt. Durante estos largos años difíciles, casi los únicos legisladores republicanos que podían oponerse contra la avalancha demócrata procedían de circunscripciones homogéneas, inmunizadas contra todo vendaval izquierdista, conservadoras a ultranza. Un cierto número de ellos y de sus electores eran aislacionistas. No es porque el aislacionismo sea un fenómeno exclusivamente republicano, sino porque los aislacionistas votaban contra Roosevelt, el "intervencionista".

Con el paso de los años y el funcionamiento del principio de veteranía en el Congreso, ocuparon un rango superior en las grandes comisiones, y cuando los republicanos ganaron la mayoría, estos hombres fueron nombrados presidentes de esas comisiones extraordinariamente poderosas. Eran los hombres que representaban el espíritu republicano en la vida pública antes de la elección de Eisenhower en 1952. Hacía tanto tiempo que venían siendo la voz republicana, que se habían identificado al pie de la letra con su partido y llegaron a considerar sus ideas como los únicos y verdaderos principios republicanos "puros". Su jefe y símbolo era el senador Robert Taft y su importancia simbólica la expresaba el sobrenombre de "Mr. Republican".

Sin embargo, si los republicanos puros dominaban, y en un grado menor dominan siempre su Delegación en el Congreso, no pueden actuar a su gusto entre las organizaciones del partido en el país. Las elecciones no se ganan en las circunscripciones republicanas seguras, sino en los centros urbanos y en los grandes Estados cuya voluntad política es siempre dudosa. El incremento republicano en estos Estados produjo un equipo de gobernadores jóvenes, progresistas e internacionalistas, cuyo contraste con la "vieja guardia" que domina el Congreso es bastante acusado. Estos hombres, como Driscoll, de Nueva Jersey; Thonton, de Colorado; Lodge, de Connecticut—el nuevo embajador de Estados Unidos en España—; maniobraban directamente bajo la dirección de un jefe, Thomas E. Dewey, de Nueva York. En el Congreso Nacional de 1952, los dos elementos libraron una batalla a muerte. La "vieja guardia" creía haber organizado el Congreso de suerte que la victoria estaba asegurada para su candidato, el senador Taft. Pero el grupo de Dewey la derrotó por una táctica un poco ruda, atacando la base moral de la candidatura Taft. Se trataba del pretendido "robo" de delegados de las organizaciones fantasmas del Sur; sin embargo, el frente de los puros, muy sensible a toda acusación de orden moral, se quebrantó, y Eisenhower, el candidato de los "jóvenes turcos", consiguió la victoria.

Esta victoria no se ganó sin heridas. Era evidentemente la última tentativa de Taft por conseguir la presidencia (aunque su muerte poco después era imprevisible). La derrota de los puros parecía definitiva. Para ellos era más que una retirada; era la traición a los verdaderos principios republicanos. Mientras vivió Taft su enorme prestigio mantenía una cierta unidad entre los republicanos en el Congreso, pues a pesar de sus limitaciones, es-

pecialmente en la comprensión de los asuntos extranjeros, era un hombre de alma generosa, que colocaba el bien de su partido por encima de los sentimientos personales y que daba al Presidente Eisenhower un apoyo leal, sin reservas y además indispensable. Desgraciadamente, después de la muerte del senador Taft esta unidad ya no era posible. La puros no tenían ya jefe, y ninguno de ellos poseía el prestigio necesario para conducirlos a una acción común. A sus ojos, Eisenhower y su equipo seguían siendo sospechosos, y este sentimiento no lo evitaron los hombres de la gran industria y de las finanzas que formaban el Gabinete del nuevo Presidente, pues en el centro y en el centro-oeste, donde vive la mayoría de los puros, a los grandes industriales y los altos financieros se les considera, según tradición rural, casi tan nefastos como los "radicales". Además hubo alguna cosa aún más grave. Eisenhower nombró secretario de Estado, y en consecuencia, su principal consejero de asuntos exteriores, a John Foster Dulles, internacionalista de amplio renombre, abogado de la alta finanza y la mano derecha del terrible Thomas E. Dewey, cuyo nombre era la pesadilla de los puros.

La política del Gabinete Eisenhower no tranquilizaba sus espíritus. Las grandes reformas del "New Deal" seguían intactas. Ciertamente Eisenhower no introducía más reformas, pero Truman también se mantuvo bastante "inmóvil" en cuanto a la legislación social. Y en la política exterior la diferencia entre Acheson y Dulles no era muy grande.

Esta situación ha reforzado también la posición del senador McCarthy, si bien hay muchas otras razones para este deplorable fenómeno. Joseph P. McCarthy no era uno de los puros. Ha comenzado su carrera política como demócrata. Fué elegido senador republicano en las elecciones primarias con apoyo demócrata, después de haber derrotado a un aislacionista (aunque hombre de ideas económicas y sociales avanzadas), Robert La Follette (Jr.). Los votos de McCarthy no seguían la línea de los aislacionistas; votaba por el plan Marshall y por la NATO. Pero cuando comenzó a atacar al Gobierno por una pretendida tolerancia del comunismo servía también el interés de los puros, que estaban contentos de sostenerlo. Pero no hay una identidad de intereses entre McCarthy y los puros.

En esta oposición republicana contra Eisenhower y Dulles, ¿cuál es el papel del famoso aislacionismo? Cierta número de observadores consideran como un axioma de la política americana el que la región del centro y la del centro-oeste (Middle-West) sean aislacionistas. Pero los hechos

son poco favorables a semejante generalización. Considerando exclusivamente las elecciones senatoriales de noviembre de 1954, no hubo aislacionistas ni en Michigan ni en Minnesota. En Illinois, donde no estaba en juego el escaño de un aislacionista (Dirksen), el senador Douglas, demócrata e internacionalista, ha derrotado severamente a un adversario aislacionista. En Ohio, un antiguo admirador de Taft fué elegido por la mínima diferencia después de una campaña electoral basada exclusivamente en su promesa de sostener absolutamente al Presidente Eisenhower. En Wisconsin no estaban en juego los escaños senatoriales, pero dos miembros aislacionistas del Congreso, grandes admiradores del senador McCarthy, fueron derrotados, mientras fueron reelegidos por gran mayoría el gobernador, Kohler, y el secretario de Estado, Zimmermann, republicanos progresistas y enemigos declarados de McCarthy. Siempre hay aislacionistas como Bricker, de Ohio; Jenner, de Indiana, y otros, además del Middle-West (por ejemplo, Malone, de Nevada; Walker, de Idaho, etc.); pero cualquier generalización regional carece de fundamento real.

Sin embargo, el aislacionismo es una fuerza real. ¿Cuál es su envergadura? En una obra excelente, ya clásica, Samuel Lubell ha demostrado vigorosamente que el aislacionismo no es regional, sino étnico. Ha dado pruebas de que la base del voto aislacionista era siempre el elemento germánico e irlandés (antibritánico). Estos grupos no eran en sí republicanos, pero como las dos grandes guerras mundiales contra Alemania se desarrollaron bajo dos Gobiernos demócratas (Wilson y Roosevelt), este sentimiento fué naturalmente explotado completamente por los republicanos. Sin embargo, no se trata de una fuerza constante para los republicanos, pues Truman obtuvo sus grandes victorias en las mismas circunscripciones aislacionistas en las que Roosevelt sufrió sus mayores derrotas en 1940. El aislacionismo, antes y después de la primera guerra mundial, estaba más extendido que antes y después de la segunda. Bajo la legislatura Wilson atrajo también a los escandinavos y eslavos. Pero durante el período de Roosevelt el aislacionismo sólo podía contar con una parte importante del elemento alemán, con el apoyo de una parte de irlandeses y algunos italianos. Si el aislacionismo sobrevivió a la guerra era porque se convertía en una política de rencor contra las injurias presuntas o reales sufridas en el pasado. El aislacionismo de 1954 es en gran medida un sentimiento que quisiera probar que tuvo razón en 1940.

Pero el aislacionismo de 1954 choca con la lógica. Pues si hay aislacio-

nistas hay también muchísimos anticomunistas, especialmente en las importantes regiones católicas. Así, el aislacionismo, tal como existe siempre, sigue siendo una mezcla de sentimientos tradicionales sin ningún futuro. En su forma clásica, el aislacionismo ha muerto o está agonizando. Pero un cierto número de sus partidarios acaba de unirse al elemento nacionalista, que ha preservado las suspicacias aislacionistas contra las "cábalas" del extranjero y también la fe de que se es suficientemente fuerte para permanecer solo. El nacionalismo no vuelve la espalda a los acontecimientos de allende las fronteras nacionales, y los nacionalistas hablan de la intervención más que del aislamiento. Sin embargo, sus llamamientos a la intervención se mezclan con el recuerdo aislacionista de su juventud y producen un cierto desconcierto de espíritu, que les priva en gran medida de eficacia y los convierte más en un resorte de descontentos de orientación muy diversa que en un movimiento inspirado en un plan de acción.

Las elecciones del Congreso de noviembre de 1954 eran una completa invitación a la moderación. Los extremistas de todos los colores fueron derrotados. Ni los nacionalistas ni los amigos del senador McCarthy tenían razones para congratularse de sus resultados. Incluso si el partido del Presidente Eisenhower no ha ganado la elección, la política del Presidente, que es ante todo y en esencia una política de moderación, ha encontrado evidentemente un apoyo muy general. Se ha visto también que las acusaciones de "blandura frente al comunismo" interesan poco a la gente (en contraste con 1952), porque la nación está tan unificada en su anticomunismo que el argumento ha perdido gran parte de su valor en la política interna. Pero varios republicanos progresistas han resultado víctimas del retroceso ligero del partido, porque tenían que presentarse en los Estados "dudosos", donde un desplazamiento bastante débil del sufragio puede producir un gran cambio. Al contrario, muchos conservadores no han tenido dificultades serias gracias al carácter homogéneo de sus circunscripciones.

Si la moderación ha superado a la acción extrema también ha superado el entusiasmo. Hoy sería muy difícil sostener este celo inquebrantable que dió vida al enorme esfuerzo del plan Marshall. Si es cierto que hay menos disposición de presionar a los aliados para adoptar tal o cual plan de acción, también es cierto que se tienen menos ilusiones. El ataque encarnizado contra la ONU, que ha apasionado a una minoría de los Estados Unidos, está perdiendo velocidad; pero el ímpetu de sus protagonistas se ha hecho también bastante raro. Se recuerda el poco apoyo prestado a los Estados Uni-

dos cuando se inició la primera acción contra el agresor bajo la enseña de la ONU, y se señala con cierta amargura que las tropas que volvían de Corea no han visto jamás a un representante de esta organización que les haya dicho: "¡Gracias!"

Es el fin de un período de entusiasmo y de pasión que ha molestado a mucha gente, pero que ha producido obras indispensables, sin las cuales el mundo libre estaría en un estado muy malo, si es que existía aún. Era también un período durante el cual el pueblo americano atravesaba la última etapa de una evolución que ha llevado a la nación desde su aislamiento psicológico y político a su actual voluntad de jugar verdaderamente el papel que el destino le ha asignado.

Sería prematuro decir que la partida se ha ganado definitivamente. En América, como en Europa, particularmente en Francia y también en Alemania, los nacionalistas crecen, pues se alimentan unos de otros. Y a ambos lados del Atlántico hay una tendencia capaz, si se convierte en extrema, de debilitar la gran alianza y de conducir a acciones individuales y contradictorias a las naciones.

Al otro lado del Atlántico esta tendencia hace un poco de ruido, aunque sin verdadera popularidad su papel es muy secundario. Podría pasar a primer plano solamente si los poderes europeos buscaran, cada uno por su cuenta, entenderse con Moscú por separado, sin consideración a la necesidad de una acción diplomática común. En este caso, quizá improbable, la reacción de la opinión pública americana decepcionada sería sin duda inmediata y violenta.

Pase lo que pase, no hay duda de que hemos entrado en una fase delicada de la diplomacia internacional. Del lado americano tal diplomacia se ha hecho ciertamente más difícil por la necesidad constante de apaciguar o de lograr que se cristalice una opinión pública y de explicar constante y públicamente tendencias y acciones a veces difíciles de explicar. Evidentemente sería más sencillo si los partidos estuvieran más unificados, más claros en sus tendencias, más disciplinados. Cuando las conclusiones de los hombres están motivadas a veces por sus deseos, no faltan comentaristas europeos y americanos que proclaman el fin inminente del sistema actual de los partidos americanos y su sustitución por un sistema "más sencillo", consistente en un partido demócrata progresista e internacionalista, compuesto de demócratas del Norte "progresistas" y de republicanos "evolucionados", y enfrente un partido republicano conservador poco internacio-

nalista, compuesto de partidarios de la "vieja guardia" y de los demócratas sudistas.

Tal previsión, para ser realista, debe ser descada vehementemente por los partidos mismos y por una parte muy importante de la población. ¿Es que se acusan semejantes indicaciones? Sería muy difícil encontrarlas. Entre los demócratas se encuentran tales sentimientos sólo entre los "aficionados" del ala izquierda, que querrían deshacerse del control sudista (al menos en el Congreso). Los sudistas mismos no tienen en absoluto el deseo de separarse de un partido que, por el hecho de pertenecer a él, les asegura una posición dominante en el Congreso. Los "profesionales" del partido demócrata temen ciertamente la pérdida de casi la mitad de los votos en el colegio electoral controlado por el Sur, del que están bastante seguros en este momento. Para recuperar el terreno perdido haría falta que los republicanos evolucionados se agrupasen en torno a la nueva bandera "progresista". Pero estos últimos no tienen, ni mucho menos, la intención de entregar su partido a los que consideran reaccionarios. Aunque sean minoritarios en el Congreso, desde 1940 siempre han nombrado el candidato presidencial. Su juego no está perdido, y no ven ninguna razón para abandonarlo sólo por complacer a los demócratas de izquierda o a los teóricos. También es un error creer que los sudistas demócratas y los republicanos conservadores forman siempre un frente común. Este caso sólo se da cuando se trata de algunos problemas sociales y financieros, y ni siquiera siempre. Sin embargo, en los asuntos extranjeros, en las cuestiones de tarifas aduaneras, en los problemas agrícolas y en muchos otros casos la alianza republicanosudista no se mantiene.

Thomas E. Dewey ha señalado en una ocasión que semejante simplificación del sistema acarrearía también un resultado simple: los demócratas ganarían todas las elecciones. Hubiese podido agregar que en un país tan diversificado, con tanta diferencia de orígenes nacionales, de religiones de regiones e incluso de lenguas, una división política tan acusada sería capaz de desunir la nación de manera muy peligrosa para su futuro.

En todo caso, los electores no han demostrado ningún interés por tal reforma. Lejos de dar su apoyo a los candidatos que subrayan la diferencia entre los partidos, han sostenido preferentemente a los candidatos del centro. En lugar de favorecer muy abiertamente a un partido frente a otro han manifestado una tendencia siempre creciente de distribuir sus sufragios entre los dos partidos, y los mismos electores dan a menudo sus votos

a diferentes candidatos de muy diferentes tendencias. No hay duda de que los electores americanos, si no consideran las etiquetas de los partidos como carentes de importancia, prefieren decididamente un sistema que favorece al hombre sobre otro que favorezca a los partidos y a las doctrinas abstractas.

Quiérase o no, en los asuntos extranjeros se tiene como compañero (o adversario) más que al presidente al secretario de Estado y al Congreso. También hay que contar con los cientos de círculos de discusiones, organizadas en las grandes ciudades y en las pequeñas, los cientos de corrientes y contracorrientes y los intereses particulares de toda índole. Si semejante situación resta rapidez de acción también da mucho poder a la acción cuando la opinión pública está decidida. Una simple decisión gubernamental o una simple mayoría parlamentaria no hubiesen conseguido jamás imponer una empresa de la envergadura del plan Marshall.

Si la política americana parece algunas veces indecisa es porque a menudo la opinión pública no ha evolucionado aún suficientemente sobre una cuestión particular. Ciertamente, una de las cuestiones más difíciles es la de las relaciones con el Este. El pueblo americano detesta el comunismo por sus tendencias agresivas y por su sistema de terror y de esclavización, que se extendería a todo el mundo. El pueblo americano está convencido de que solamente una política de firmeza puede impedir que el mundo de los comunistas se salga de sus propios límites. Pero por otro lado el pueblo americano es apasionadamente partidario de la paz, y como lo ha indicado por sus votos y los sondeos, rechaza las aventuras irresponsables. Incluso en la provocación extrema del encarcelamiento injustificable, completamente ilegal y bárbaro de los once aviadores por la China comunista, y ante el problema de Formosa, el pueblo americano ha conservado una serenidad y una sangre fría que dan testimonio de su madurez.

Es evidentemente difícil promover una evolución de la opinión de un país tan vasto y grande que no ha llegado a ocupar el primer rango de la política internacional hasta hace medio siglo. Pero el progreso obtenido, incluso desde 1939, es tal que se puede contemplar justificadamente el porvenir con confianza. Con algunas ilusiones perdidas, con algunas lecciones aprendidas después de un período de evolución a veces dudosa de los espíritus, el pueblo americano está más dispuesto que nunca a comprometerse en la empresa común.

Prof. ROBERT G. NEUMANN
Universidad de California

